

Zeru eta lurraren
 Jaun ta jabe dana
 Digun amorioaz
 Egñik gizona:
 Ama Birjiña gandik
 Dator guregana
 Trinidad Santuko
 Bigarren persona.

Egiazkoa bada
 Gure eskarioa
 Damutasun gurea
 Bada ziñezkoa
 Zabalduko digute
 Bide zerukoa
 Izan zagun gloria
 Sekuletakoa.

Kantaridia

Jesus Salbatzallea
 Salbe zure ama,
 Eta aita ordeko
 Zeruak emana.

JOSÉ VICENTE DE ECHEGARAY.

PARA LOS PINTORES



EL MODERNISMO

Podría aceptarse la acepción de *modernismo* en nuestro decaído arte si éste trajera consigo ideas redentoras, sacrificio de rutinas é implantación de procedimientos nuevos y de temperamentos originales.

Pero, salvo excepciones honrosas, el modernismo de que hacen alardes nuestros pintores en las Exposiciones de Bellas Artes, es una churrigueresca manifestación de géneros y de procedimientos anticuados.

La vanidad, el atrevimiento, el mal gusto, la imitación servil, el deseo de lucro ó el mercantilismo grosero, son los únicos ideales á que aspiran muchos artistas. Dificilmente reposa la vista en cuadros pintados con espontaneidad ó se impregna el alma de emoción verdadera-

mente artística en la contemplación de asuntos que copian la Naturaleza y no la calumnian.

Si se trata de ideas, la vulgaridad asoma por todas partes: las crónicas de sucesos de los periódicos populares han inspirado á la mayor parte de los artistas. El crimen, el suicidio, la huelga, el incendio, ofrecidos y aderezados con el ropaje que se usa en las láminas y novelones por entregas, ó en las tabernarias reproducciones de papeluchos callejeros, se ofrecen en las Exposiciones como manifestación del *arte modernista*; los tipos que tratan de copiar esos pintores, son monstruosos engendros; resientense de la tiesura del modelo, de la rigidez y del aburrimiento de asalariados comparsas hambrientos. Casi todos los personajes de las Exposiciones son antiguos conocidos que vienen á saludarnos. Aparece en primer término un viejo, muy parecido por cierto al Sr. Pí y Margall, y á quien vimos en otros certámenes ejerciendo de Rey Wamba, de guerrero almogávar ó de sacerdote romano. El pobre modelo se ha transformado en venerable anciano, padre postizo de de los cuadros modernistas. Ya se presenta en unos cuadros, tapándose sus llorosos ojos con gafas y cubierto con un *carrik*, lamentando que la autoridad se lleve sus muebles; vémosle luego maldiciendo á una hija ligera de cascos; surge después entre unos obreros revolucionarios predicando ideas disolventes, y álzase, en fin, sobre unas piedras, defendiendo heroicamente una ciudad sitiada.

¡Pobre viejo, veterano del arte, fautor de tantas vulgaridades!
¡Cuándo le llegará la hora de entrar en un asilo!

Si del viejo pasamos al bello seso, hallaremos muy presto conocidos antiquísimos.

La vieja «de pueblo», vestida con refajo verde ó rojo, arrugada la cara, postrada ante los piés de una Virgen ó despidiendo al hijo soldado; la joven, bien rebozada de colorete, provocativa é insinuante, de largas pestañas y purpurinos labios, recién salida de la tienda, vestida como un figurin; la monja, generalmente hermana de la Caridad, leyendo un breviario; la muchacha coquetona que atraviesa dificilmente un arroyuelo con objeto de que los espectadores le vean el arranque de la pierna; la mujerona del pueblo, pintada con encarnizamiento, á escobazos, y rodeada de escarolas ó dando de mamar á un chicarrón que suelta berridos. Reconocemos también á la dama pintada con velutina anuncio de perfumería con carnes de esmalte, ojos de cristal y uñas de ágata.

En cuanto á hombres de *mediana edad*, los hay también conocidos: el mendigo, el paleta, el caballero galanteador, el brigadier de ceñuda expresión, el pintor fumando una pipa en su estudio, el socialista «siempre fiero», el capitán «siempre tenaz», el albañil feliz de su miseria, el gitano de largas patillas, etc., etcétera.

Por excepción aparece á veces el pobre Wamba rodeado de algunos godos «verdaderamente góticos», según suelen decir ciertos... góticos que los han conocido sin duda personalmente.

Si de los hombres pasamos á los objetos, vémonos también inmediatamente rodeados de antiguos conocidos. El «interior» humilde, con una ventana dibujándose en la penumbra y puesta allí expresamente para producir un efecto de luz: el salón rico, en que figuran lujosísimos muebles (un sofá Luis XV, varios sillones y una piel de tigre); el «estudio» del pintor, adornado de armaduras y de alfombras dobladas precisamente por enmedio; el «tristemente célebre» brasero, personificación de la miseria; el «conocido» sofá de cretona, la jaula del canario, etc., etcétera. ¡Qué sucesión de vulgaridades, de rutinas, de lugares comunes, de miserias cerebrales!

Y nada digamos del color y del dibujo... Notas rebuscadas, efectos copiados, colores mustios, contrastes antiartísticos, modelados toscos, carnes hinchadas y anémicas, luces chillonas ó pobres, amontonamiento de pinceladas sin valor, falta de aire, de distancias, de perspectiva; mesas planas y sin dibujo ni forma; entonaciones cadavéricas, narices y bocas de Academia, actitudes de partiquino, líneas quebradas, amañamiento, ordinariez y monotonía.

Asusta pensar en la decadencia que revelan la mayor parte de los cuadros, y es cosa de preguntarse si la tradición patria ha desaparecido; si España, si el país más original y variado de Europa, es infecunda tierra para nuestros pintores jóvenes; si el aire, la luz, el ambiente, las costumbres y tipos que asombran tanto al extranjero, son letra muerta para nuestro arte: si, estarán, en fin, ciegos ó mancos, ó se habrán vuelto tontos la mayor parte de los que empiezan á cultivar el arte. Habrá que pensar, sin duda, que los pintores viven encerrados á cal y canto en sus estudios, sin saturarse del aire libre, sin leer ni observar en sus manifestaciones modernas.

Todo se puede copiar: la pintura Rembrandt hizo de un tasajo de buey un hermoso cuadro, y Murillo creó una de sus más notables obras en el *Piojoso*.

Todo cabe en el arte con tal que sea artístico. Pero pretender sin contar con grandes fuerzas para ello, la realización de asuntos prosáicos, vulgarísimos, así literarios que pictóricos, es tan absurdo como pedantesco. Hay, sin embargo, dramas horribles y escenas dramáticas que, siendo de por sí verdaderamente deplorables, ó no causan emoción ó mueven á risa. Desdémona muriendo de un cólico ó Romeo con dolor de muelas, producirían risa en el público. Y sin embargo, tan triste es morir de indigestión como terminar sus días en un duelo.

Tal sucede con los pintores que, faltos de talento, quieren representar la difteria, la hija maldita, el niño jugando y el niño muriéndose, el deshaucio judicial, la virtud y el vicio, etc., etc.

No son ya sólo el mal gusto, la rutina y la invasión de la literatura en el terreno de la pintura las causas que producen la decadencia del arte. Aun hay otras más hondas, que llevan las Exposiciones como necesaria consecuencia. El arte se convierte en una tienda de medallas; píntanse cuadros con el propósito deliberado de obtener un premio por el asunto ó el tamaño; imítanse los cuadros que son más del gusto del Jurado: la corte de discípulos que necesariamente sigue á los maestros obliga á éstos á que los honren con medallas; establécense competencias de localidad, como si España estuviese dividida en kábilas y no fuese una nación; imítase ciegamente el anterior éxito; el arte se convierte en un escalón para subir á determinados puestos: es un negociado burócrata, cátedra del balduque y del expedienteo.

RODRIGO SORIANO Y BARROETA ALDAMAR.